



Ilustración por Juan Manuel de Faramiñán Gilbert

Fide: Reflexiones Sociedad Civil (IX)

22 de abril de 2020

Reflexiones desde la sociedad civil.

Empieza a resultar difícil calcular el tiempo transcurrido desde el comienzo del confinamiento. Los días se van sucediendo y en general parece que tenemos cierta dificultad para medir bien los días, las horas. Es un comentario que escucho constantemente. Nosotros afortunadamente seguimos trabajando, seguimos muy activos con todos los miembros de Fide, involucrados en las actividades que siempre hemos realizado y con alguna nueva. Pero esta no es la tónica general. Por eso creo que debemos ser conscientes del privilegio del que disfrutamos en medio de tanto infortunio. Tal vez por eso también debemos continuar en el esfuerzo de la Reflexión compartida.

Desde el principio hemos ido recopilando por orden de llegada las aportaciones y por eso, seguro, coinciden algunos de los enfoques y pensamientos. Van acompasándose con la evolución de las personas confinadas, con los acontecimientos sociales. Algunos anticiparon desde el inicio las cuestiones más relevantes de esta situación aunque no habían empezado a experimentar sus síntomas, otros han llegado por la vía de la experiencia y es ahora cuando lo describen, ambas aproximaciones contribuyen a la reflexión. Es interesante contrastar ambas en sus respectivos tiempos. Todas ellas están disponibles en este link.

Van surgiendo, como es lógico, cuestiones nuevas al compás de los acontecimientos que nos conducen a reflexiones nuevas. Se van incorporando más personas que se animan a compartir nuevos puntos de vista o que entienden que les ha llegado su momento de escribir.

Espero que lo leáis con detenimiento y nos hagáis llegar vuestra propia aportación.

Cristina Jiménez Savurido,
Presidente de Fide.
Madrid, 22/04/2020.-

Índice

1. Reflexión en y tras la pandemia 4

Dr. Luis Miguel González de la Garza 6

2. Que no se imponga la amnesia 7

Marisa Morano Ruiz-Zorrilla, 8

3. Las enigmáticas raíces del odio 9

Álvaro Lobato Lavín, 10

4. Coronavirus y Derecho. Después del paréntesis 11

Juan Ramón Balcells 13

5. La hoguera familiar y un leño joven con un nudo 14

José Manuel Otero Lastres 15

6. La otra pandemia 16

Jesús Quijano 18

7. Reflexiones sobre la pandemia 19

Francisca Sauquillo 20

Reflexión en y tras la pandemia

Empieza a remitir poco a poco la pandemia, pero se han producido escenas dantescas que deben pervivir en nuestras retinas y en nuestra memoria si pretendemos que algo así no vuelva a suceder. Nos hemos despertado de un sueño en el que nuestros políticos, fundamentalmente, no se cansaban de decir que teníamos una de las mejores sanidades del mundo. Eso tenemos que reconocerlo es cierto, pero lo es fundamentalmente en la dimensión humana de nuestro personal sanitario. En cuestión de camas hospitalizas disponibles y camas de UCI, de respiradores, e incluso de reservas de medicación no se puede decir lo mismo. La asistencia primaria también parece haber sido desbordada con suma facilidad.

Hemos asistido impávidos a una lucha por disponer de material de seguridad para nuestros sanitarios, hemos visto como el ingenio patrio suplía lo que la falta de recursos demandaba para que el sistema no colapsara llegando a 26.000 sanitarios afectados. Las medidas draconianas de restricción de libertad deambulatoria, en parte, estaban justificadas por la escasez de recursos materiales disponibles, entre ellos test eficientes capaces de identificar a las personas infectadas y poder así conocer la difusión real de la enfermedad en la sociedad. A día de hoy, tras más de un mes desde su comienzo, carecemos de ese significativo dato.

Hemos observado como las residencias de la tercera edad se han convertido, muchas de ellas, en centros de abandono donde la enfermedad ha encontrado fácil privarnos de miles de ancianos inermes frente a ella. Hemos asistido a una cadena de fallos, unos sistémicos y otros no, que quizá nos dejen unas cifras en torno a los 27.000 muertos en junio.

Hemos observado la importancia vital de la ciencia para mitigar, en alguna medida relevante, el tratamiento de la enfermedad con drogas antiguas como la cloroquina cuyo origen remoto lo encontramos en el Perú y que en 1934 el equipo de Hans Andersag la descubrieron en los laboratorios Bayer de Elberfeld en Alemania o el antiviral japonés favipiravir, entre otras moléculas antivirales en ensayo. Ninguna de estas moléculas se ha desarrollado en España y tenemos que intentar adquirirlas en mercados como la India en el caso de la cloroquina que han cerrado sus fronteras dedicando prácticamente toda su producción al tratamiento de su población. Quien domina un recurso estratégico puede restringirlo total o parcialmente a los demás consumidores, singularmente, en tiempos de crisis sanitarias.

Hemos observado en esta crisis como los respiradores han sido un gran problema al que se ha respondido de forma lenta e imprecisa y esa circunstancia ha costado vidas. Ya que la intubación y la selección de pacientes frente a la escasez de estos dispositivos de

rescate ha sido una situación dramática de asignación para la que se han improvisado protocolos ad hoc.

Seguramente muchas de las circunstancias enumeradas tenían antes de la crisis una difícil solución incluso preventiva, pero ahora, en ella y tras ella se deben tomar medidas tanto en la Unión Europea como en los Estados miembros.

El número de camas hospitalarias y camas de UCI, deben adecuarse a la media europea siempre en la media alta. España tiene 3 camas por cada 1.000 habitantes, lo mismo que Nepal. Alemania tiene 8,3 camas por cada 1.000 habitantes. Francia 6,5; Mónaco 13,8; Japón 13,4; Rusia 8,2; Austria 7,6. Parece claro que convendría disponer de un número de camas al menos como el francés, es decir, duplicar el actual número. Es muy probable que con un número de camas así y para nuestra población, el estrés sanitario de nuestro país hubiese sido sensiblemente inferior seguramente preservando vidas.

La asistencia primaria parece que ha sido desbordada y no ha podido operar como el eslabón llamado a ser el primer frente contra la epidemia, un sistema capaz de dar servicio a esa primera oleada de demanda sanitaria que acude a los hospitales por la falta de respuesta eficaz frente a las demandas básicas. Que carezcan en muchos centros de salud de una máquina de rayos X para un diagnóstico de neumonía y que sea preciso derivar a los pacientes a los hospitales para esas sencillas pruebas parece un defecto grave que debería ser rápidamente resuelto por las autoridades sanitarias con competencias. Que los inexistentes test para el diagnóstico de la enfermedad no se hayan desplegado en la asistencia primaria parece haber sido otro importante error del sistema.

La falta hospitalaria de equipos de protección individual supone todavía un grave problema para la realización de un trabajo de alto riesgo en condiciones de seguridad. Es claro que el sistema en su conjunto carecía de reservas estratégicas para afrontar una pandemia de estas características y hemos de diseñar protocolos de inventario de material que permitan operar durante semanas en condiciones equivalentes a las sufridas, con mercados saturados incapaces de adaptarse a demandas muy acentuadas. Donde no hay planificación hay precipitación y vidas en peligro.

Con las medicaciones disponibles hemos observado como nuestra capacidad de fabricación, pero sobre todo, la dependencia de la globalización en terceros países puede ser un trampa mortal para la que es preciso reaccionar recentralizando la fabricación de las mismas, bien en nuestras fronteras o en las de Europa, impidiendo que cuestiones políticas locales estratégicas -pensamos singularmente en India con la cloroquina- pongan en riesgo a nuestras poblaciones mediante el dominio de los recursos. Algo análogo ha sucedido con los respiradores, pieza clave, para los enfermos con mayor afectación pulmonar y que exigirá disponer de una reserva estratégica de

estos dispositivos para lo que el diseño de una política de reindustrialización nacional de infraestructuras sanitarias críticas debería dedicar sus esfuerzos a poner solución, pro futuro, a las enseñanzas que debemos extraer de algunos de los temas que hemos señalado junto con otros que puede advertir el lector con la finalidad de que la imprevisión no vuelva a costar vidas. Lo que incluye una revisión en profundidad de la sanidad en los centros residenciales de la tercera edad.

Dr. Luis Miguel González de la Garza,
Director adjunto del Programa Modular Ciencia y Derecho de la UNED.
Madrid, 16/4/2020.-

Que no se imponga la amnesia

Venceremos. Habrá un antes y un después de esta crisis. El mundo va a ser diferente cuando superemos este cataclismo sanitario, económico y humano.

Hemos visto como la pandemia se ha extendido por todo el planeta como sucederá más veces con otros problemas de salud, con el cambio climático o con las migraciones, tal **como nos vienen advirtiendo los científicos y sociólogos desde hace años.**

La covid-19 nos ha hecho conscientes de nuestra vulnerabilidad acabando con la fantasía de que la muerte nos era ajena o demasiado lejana.

Del mismo modo, nos ha mostrado la necesidad de **respuestas globales nuevas.** Necesitamos una gobernanza global multidisciplinar, con autoridad democrática, que actúe de forma conjunta, ya no cabe la respuesta descoordinada de cada país. Hay que superar los antiguos nacionalismos y comprometerse unidos. Hemos visto la necesidad de la movilización y redistribución de recursos y el insuficiente papel individual y estatal de cada uno. Como decía Keynes, *hemos de ser capaces de combinar eficiencia económica, justicia social y libertad individual.* Ya no se puede depositar la confianza en nuestros dirigentes de forma temeraria a cambio de nada y sin controles.

Debemos para ello reflexionar sobre los **valores éticos** de la sociedad que hemos construido y que nos ha proporcionado los líderes que tenemos y pensar la sociedad que queremos tener y los medios que **deben adoptarse** para su consecución.

La crisis avanza y es planetaria, con una afectación mucho más extensa que en las llamadas Guerras Mundiales, por tanto las **soluciones** tienen que ser **revolucionariamente nuevas**, creativas y generosas, nunca imaginadas hasta ahora. No se trata de ayudar a unos países sino de inventar una **solución mundial global** y excepcional, de forma que esta parálisis mundial sea como una larga noche pero que no suponga una hecatombe económica y que en cuanto despertemos de la tragedia, una vez paliada la situación social de los más desfavorecidos, se incrementen los recursos a **la sanidad, la investigación, la educación y la cultura.**

Otro reto actual, es la lucha contra la propagación de **noticias falsas** (*fake news*), que se nos filtran a casi todos y que constituyen otra epidemia de consecuencias impredecibles, propagando el odio y el miedo o cuanto menos la desinformación. Siempre he pensado que muchas de ellas se han lanzado con el fin de desestabilizar y debilitar países, y por supuesto a la Unión Europea, consiguiéndolo. Creo que si no podemos efectuar una razonable verificación, debemos contener su divulgación.

Ahora más que nunca en la historia, necesitamos una **Europa fuerte y unida** para

sobrevivir a esta nueva guerra.

El virus nos ha dejado al descubierto nuestra fragilidad como especie, pero también nuestra grandeza como seres humanos solidarios y generosos con capacidad de trabajo y entrega para ayudar a sus semejantes.

Estamos ante el paradigma de que el mundo va a cambiar, **contribuyamos a que sea mejor.**

Podemos salir de esta crisis con un cambio positivo en los valores, priorizando lo trascendental por encima de las banalidades, pero para eso tendremos que estar alerta para que la **amnesia colectiva** no vuelva a cubrirnos como en pasados acontecimientos de la Historia y que por el afán de recuperar rápidamente el estado de confort anterior, terminemos destruyendo nuestro mundo.

VENCEREMOS. Nos han secuestrado los abrazos pero no nuestras armas **Solidaridad, Creatividad, Esperanza, y ÁNIMO.**

Marisa Morano Ruiz-Zorrilla,
Artista plástica y Licenciada en Filosofía y Letras por la UAM.
Madrid, 17/4/2020.-

Obras de Marisa M. Ruiz-Zorrilla realizadas en el Estado de Alarma 2020



Venceremos



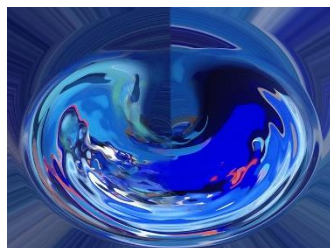
Transitar la incertidumbre



Vencer el miedo



Levantarnos y avanzar



Concebir un mundo mejor



Encontrar el camino



Que no se imponga la amnesia

Las enigmáticas raíces del odio

En situaciones críticas, de emergencia o peligro se potencian al máximo los circuitos cerebrales que favorecen la supervivencia tanto individual como de grupo. No hay ningún misterio en ello. Hace ya tiempo que la psicología evolutiva nos ha explicado el trascendental papel que la dopamina y la amígdala desempeñan en la preservación de la vida cuando su seguridad se encuentra amenazada. Pero lo que resulta más interesante son las estructuras emocionales sobre las que opera la química y los sentimientos que emergen como respuesta del cuerpo a las agitaciones instintivas.

Los patrones neuronales del amor y del odio, de la solidaridad y el rechazo se activan en función de identidades culturalmente construidas. Yo y el otro, nosotros y ellos son las impermeables fronteras que delimitan el altruismo y la solidaridad grupal, de la indiferencia, la crueldad y, en último término, la exclusión y el exterminio. Es lo que hizo posible que, en el país culturalmente más avanzado de Europa, padres de familia se dedicaran a matar judíos por la mañana y escuchar a Wagner y jugar con sus hijos por las tardes.

La respuesta social a la actual pandemia nos ha revelado muchos comportamientos que no dudamos en calificar de heroicos, sacrificios que van mucho más allá de lo exigible y muestras de solidaridad y compromiso de una extrema generosidad. Pero también ha hecho acto de presencia el oscuro brillo del odio, el amargo rencor de una ira largo tiempo incubada. A través de las redes sociales, de los titulares de algunos medios de comunicación y de las declaraciones de algunos responsables políticos se ha ido filtrando capilarmente en el tejido social el amargo disolvente de la identidad que niega y excluye.

Tristemente, hemos asistido una vez más a ese espectáculo con el que tradicionalmente nos asomamos a la historia: nuestras patológicas y heredadas insuficiencias como nación, los insuperables déficits para construir una identidad colectiva, la ausencia de un proyecto común que merezca preservarse. Desgraciadamente, en nuestro país no puede forjarse algo semejante al “espíritu de Dunkerke”, no sólo por la ausencia de un adecuado liderazgo, sino por la carencia de un terreno abonado donde pueda florecer. Carecemos del tozudo orgullo británico por la independencia y la libertad, tampoco poseemos el patriotismo constitucional de la nueva Alemania o ese ingrediente fundamental del republicanismo francés que es su identidad como nación. Somos una nación segregada y excluyente. Lo que quiero decir, más simplemente, es que la arquitectura de nuestra patria está construida sobre andamios quebradizos.

Más allá de los sentimentalismos fatuos, lo cierto es que una parte significativa de los españoles no considera a sus compatriotas como tales. No forman parte de ese “Nosotros” con los que practicamos el altruismo y la solidaridad. Son los depositarios de la no identidad, los excluidos del círculo interior. Aquellos “Otros” sobre los que se

proyectan las emociones más primitivas de la ira y el miedo que engendran los sentimientos de odio.

Resulta particularmente significativa la comparación con lo sucedido en Portugal. Las declaraciones del jefe de la oposición deseando suerte al gobierno porque “su suerte es también la nuestra” evidencian no sólo la existencia de una identidad colectiva, de una patria común que es el mínimo denominador que todos quieren preservar, sino también una comprensión racional de las circunstancias de emergencia por las que atraviesa la nación.

En nuestro país carecemos de ambos presupuestos. La patria es un concepto fragmentado, patrimonializado por grupos minoritarios, muchas veces un mero barniz para enmascarar privilegios insostenibles. No hay un sujeto colectivo detrás de una bandera y, por ende, carecemos de la racionalidad política para comprender la necesidad de preservar un espacio cultural común. Incluso en situaciones de emergencia estamos dispuestos a arriesgar el todo si no se juega con nuestras reglas.

La causa de todo ello tiene mucho que ver con las emociones, aunque no puede reducirse a estas. El odio feroz que se ha desatado en un sector de la sociedad española se residencia en un sentido minúsculo, fragmentado y excluyente de lo que es una nación. Apelan a un sentimiento de patria que sólo existe en su imaginación. Y aunque todo ello pueda conducir a comportamientos irracionales que amenazan su propia existencia, es importante no equivocarse el diagnóstico. Aunque la ignorancia, el desconocimiento y la ausencia de todo bagaje intelectual juegan sin duda un papel, es en el terreno de las emociones dónde se fragua ese espíritu sectario y excluyente que es capaz de desencadenar un imparable torrente que nos conduce al abismo. En estas condiciones no parece probable poder construir un presupuesto dialógico común. En el horizonte próximo, no se vislumbran muchas razones para el optimismo.

Álvaro Lobato Lavín,
Patrono fundador de FIDE.
Madrid, 20/4/2020.-

Coronavirus y Derecho. Después del paréntesis

*Hay una voluntad suprema de
Perdurar sobre toda mudanza*

- Ortega y Gasset

Vivimos en tiempos convulsos, llenos de incertidumbre o al menos, estas se nos han hecho más visibles de repente, y de incógnitas que hoy nos parecen lejos de poderse resolver sin un cambio en la generalidad de las cosas. Algunas de ellas que hasta ahora parecían inamovibles. Si en general predecir el futuro ha sido ejercicio inútil no por ello intentarlo “para fracasar mejor” diría Samuel Beckett, ha sido menos necesario y hoy, frente a la perplejidad que nos envuelve, se nos hace todavía más indispensable.

“Paisaje después de la batalla” titulaba el cineasta polaco Andrzej Wajda su película en el año 1970. La película no narra sobre lo que queda después de un tiempo convulso sino de cómo queda y la calidad de lo que queda. ¿Volveremos a la célebre frase de Lampedusa “es preciso que todo cambie para que nada cambie” o seremos capaces de cambiar en alguna de las cosas fundamentales que, de tan sólidas como las creíamos, las teníamos totalmente olvidadas? Por suerte, algunas de ellas, esperamos que las más importantes, muestran una “voluntad suprema de perdurar”.

El derecho tiene que ser una de ellas. Si estas semanas, más de las que nunca hubiéramos imaginado, han resultado ser una especie de paréntesis (y no olvidemos que al igual que el conjunto vacío, un paréntesis vacío no tiene sentido, hay que llenarlo de cosas y como más largo, de más cosas se llena y de muchas de las que no deseáramos) cuando este se cierre, las cosas aún parecidas no serán las mismas y nuestra legislación deberá adaptarse rápidamente para dar solución, corregir y mejorar los estragos de una situación hasta hace poco inimaginable.

Porque inimaginable era que los bares y restaurantes se cerraran de golpe, que las tiendas también cerraran, que el transporte se redujera al mínimo, que al levantarnos no tuviéramos a donde ir. Inimaginable era pensar que a mediados de curso escolar este terminara, inimaginable era pensar que los niños se quedarían en casa encerrados, que perderíamos la noción del tiempo o de los horarios, que las pequeñas costumbres del fin de semana desaparecerían, que la convivencia se intensificaría en espacios muy pequeños y en círculos muy estrechos con todas las tensiones que conlleva, que dejaríamos de viajar, que no podríamos ir al gimnasio, que tendríamos que estar separados, que el arte se visualizaría únicamente a través de una pantalla, la misma pantalla en la que intentaríamos trabajar, aprender, comunicarnos con el mundo, dejar pasar nuestras horas de ocio, escuchar música o visitar los grandes museos (en estos

momentos más que nunca en peligro de convertirse en simples depósitos de arte) o que nos pondría el ritmo a nuestro deporte.

Las cosas tendrán que cambiar, ya lo están haciendo, y no sabemos aún la dirección que tomarán pero habrá que coger las oportunidades al vuelo para que podamos construir, no necesariamente reconstruir, el futuro en el que queremos participar, mejor dicho en el que queremos ser parte de su resultado.

No cabe duda de que el mundo de la empresa tiene que replantearse su funcionamiento, todo apunta que el mundo empresarial será todavía más global a pesar de los conatos de nacionalismo y los intentos de populismo en favor de los localismos mal entendidos. Podrá haber fronteras ideológicas, pero difícilmente empresariales, recordando aquella frase de Saki que decía del patriotismo: “los vestidos se los hacen en París pero ella los lleva con un fuerte acento inglés”, pondremos el acento a placer pero la fabricación eso será otra cosa. El pequeño comercio deberá también replantearse ante el aumento del servicio de reparto a domicilio, las grandes superficies adaptarse a las nuevas restricciones y formas de ocio, los supermercados se enfrentarán a la venta on-line que, entre otras, permitirá comparar precios de otras marcas y cadenas al instante, ¿existe ya una aplicación que permita aprovechar las ofertas que cada cadena establece para, supuestamente, generar fidelidad? Habrá que cambiar el concepto de fidelidad a una marca o a un nombre, las empresas no solo tendrán que poner en práctica programas de responsabilidad social, sino que tendrán que creérselo, interiorizándolo de tal manera que no haga falta hablar de ella sino que transpirará toda su actividad. El teletrabajo (que no necesariamente el “trabajo en casa” pues habrá una gran oferta de sitios para trabajar temporalmente) reducirá las necesidades de espacio en las empresas y por lo tanto las inmobiliarias tendrán que modificar en algún aspecto su modelo de negocio y también, si los contactos se producen de forma distinta, habrá que cambiar la forma de gestionar los equipos, la educación on-line se va a incrementar con lo que supone de adaptación digital de las escuelas y universidades, con lo que el concepto de “élite” universitaria es más que probable que tenga que replantearse, pues si los contenidos son los mismos, fácilmente obtenibles digitalmente y la interacción se reduce, también se modificarán las diferencias entre unas y otras, por no decir la necesidad de universidades en cada capital de provincia o el cupo de alumnos en las aulas, todo ello solo por citar las más evidentes. Los expertos y analistas seguro que tienen muchas más en su cabeza y a eso añadámosle todas aquellas que hoy nadie es capaz de ver aún.

En todo este torbellino de cambios –deberíamos llamarlos “evoluciones”- el derecho jugará un papel fundamental, tanto como estructura y marco en donde se ordenan las relaciones comerciales, de servicio, producción, suministros, laborales o financieras; como herramienta de organización de las relaciones entre las partes ente sí y con los

terceros; y como estructura en la que definir el método de resolución de conflictos (sea judicial o alternativo, arbitraje, mediación o conciliación), es decir a lo largo de toda la cadena de producción, distribución y retribución por simplificar.

¿Quiere decir que el derecho no ha de cambiar? Ni mucho menos, al contrario, el futuro próximo exigirá en las legislaciones de todos los países cambios y adaptaciones radicales, y a marchas forzadas, exigirá flexibilidad, exigirá sobre todo capacidad de dar respuesta a situaciones todavía impredecibles. Es complejo, lo sé. Pero si lo ha hecho continuamente en el pasado, nada justifica que no pueda hacerlo ahora.

Lo que sin duda no va a cambiar es la necesidad de que el derecho ofrezca seguridad jurídica, predictibilidad y un marco estable en el que puedan nacer, crecer y desarrollarse, de la mejor manera, las relaciones humanas, es decir, por ponerlo en base económica, la eclosión de todo el tejido industrial, comercial y de servicios, sea analógico como digital y es seguro que, ante este desafío el derecho estará donde debe estar pues al fin y al cabo, con todos los errores que se quiera que no serán pocos pues de eso nadie se libra, hay “una voluntad suprema de perdura sobre toda mudanza”. Por encima de toda mudanza, no impidiendo cualquier mudanza sino sobrevolándola, que es la mejor manera de permitirla y defenderla.

El tiempo nos lo dirá

Juan Ramón Balcells,

Managing Partner.

Estrategia y desarrollo legal en The Lighthouse Team.

Madrid, 20/4/2020.-

La hoguera familiar y un leño joven con un nudo

La vida en familia se parece mucho a una hoguera en la que cada uno de sus miembros somos un leño. Nos prenden al nacer y, desde que comienza el fuego, nos vamos consumiendo lenta e imperceptiblemente hasta que, tras convertirnos en brasa, acabamos extinguiéndonos.

Cuando nacemos se habla de "alumbramiento" y no creo que sea por casualidad. Y es que nacer significa que prenden fuego al leño que somos cada uno. Pero quien alumbramos no es el que nace, sino el tronco del que se nace. Porque en el leño recién prendido es difícil que se asiente la llama. Se comienza con una débil combustión, en la que apenas se desprende luz y en la que el calor es casi inexistente. Por eso, el leño recién encendido es colocado junto a los otros troncos que llevan ardiendo desde hace años. Éstos le aportan sus propias llamas, su luz y su calor, hasta que prenda el fuego en el leño que acaba de nacer.

Cuando pasado algún tiempo el leño tiene ya su propia llama, adquiere una luz propia y desprende ya un calor intenso. Pero hay veces en que algún nudo de la madera dificulta la combustión del joven leño. La llama pierde intensidad, se hace cada vez más pequeña y su color azulado va desplazando al vivo color dorado de aquella. ¡Al joven leño le queda aún mucha madera por arder, y sin embargo se está apagando!

Si el joven leño se queda solo, si se separa de los demás troncos que están en la hoguera, lo más probable es que acabe siendo brasa, que deje de arder para sí mismo y para los demás, desperdiciando la gran cantidad de madera que aún poseía. Pero si el leño que languidece ocasionalmente, se acerca, se apoya y se junta con los demás troncos, entonces recibe el fuego, las llamas, el calor, la luz y la energía de todos ellos. Y es cuando en la hoguera se aviva el fuego, se intensifica la llamarada, el joven leño entra de nuevo en combustión y su fuego vigoroso es incluso capaz de hacer que las brasas de los viejos troncos vuelvan a coger llama. Mientras haya troncos ardiendo en la hoguera, ningún nudo puede apagar al joven leño, si éste se apoya en ellos.

Nuestra hoguera familiar está aún ardiendo. Hay dos troncos que, aunque llevan años en combustión, aún desprenden fuego y hay otros leños que están ardiendo con intensas y poderosas llamas. ¡Júntate a todos ellos! No tengas reparo en que te pasen parte de sus llamas, porque cuando vuelvas a ser lumbre, cuando ardas de nuevo con la intensidad que te hizo perder el nudo, tu fuego se fundirá con el de ellos y servirá para que reavive sus brasas.

Es importante saber que muchos leños tienen nudos que dificultan su combustión. Hay nudos que pudren la madera y que, por su disposición, orientan el fuego hacia dentro del leño y éste, al perder el oxígeno, acaba por consumirse antes de tiempo.

Pero hay otros que son simples círculos hechos por el propio leño, que conducen al fuego a dar vueltas y vueltas y le impiden proseguir su camino hacia las otras partes de la madera. Estos nudos, los llamados "circulares" surgen cuando el leño piensa más en que es madera que en que es un flujo de energía inmaterial destinada a alumbrarse a sí

mismo y a los demás.

Para conseguir que las llamas no sigan ardiendo en círculo, el leño que tiene un nudo "circular" debe mirar hacia atrás y contemplar la parte de sí mismo que ya ha ardido. Si hasta llegar al nudo la madera se quemó bien, el leño ha de preguntarse cómo estaban dispuestas hasta entonces las fibras de madera, por qué eran rectas y tiernas; el joven leño ha de descubrir el equilibrio que mantenían el espíritu y la materia: ha de averiguar por qué había más motivos para la felicidad que para la tristeza. Pero cuando vea que la madera que hay después del nudo "circular" es de la misma calidad que la que ardía con esplendor e intensidad en el pasado, el leño no temerá salir del nudo "circular". No tendrá miedo a enfrentarse con el resto de la madera. Comprenderá que es mejor volver a "quemarse" para los demás, arrojar luz, brillo e intensidad para todos los leños que están a su alrededor, que seguir ardiendo en círculo, hacia su interior, proyectando sombras y consumiéndose inútilmente.

José Manuel Otero Lastres,

Senior Advisor en Broseta Abogados.

Socio Fundador del Bufete Otero Lastres.

Catedrático de Derecho Mercantil de la Universidad de Alcalá de Henares.

Madrid, 20/4/2020.-

Publicado originalmente en [La Opinión A Coruña](#)

La otra pandemia

Aunque no sea yo un usuario ferviente de las llamadas redes sociales en sus diversas manifestaciones, no dejaré de reconocer que constituyen hoy un instrumento relevante para la comunicación interpersonal. También, por ello mismo, un laboratorio ciertamente útil para indagar sobre el factor humano en cada circunstancia, y, de forma muy especial, en circunstancias tan singulares, por dramáticas, como las que estamos viviendo. Será, pues, que el confinamiento nos da más ocasión, y más tiempo, para comprobarlo, será que la inusitada proliferación del acceso a las redes nos está estimulando a observar lo que circula por ellas, será que estamos más necesitados de contacto, lo cierto es que estos días se están convirtiendo en un canal de expresión y conexión incluso más frecuentado de lo habitual, que ya es mucho.

Así que, digámoslo pronto y claro: hay de todo. Hay, por supuesto, testimonios marcadamente personales, sinceros, apasionados, singulares, que no se podrían encuadrar ni alinear en ninguna de las tendencias dominantes; son muy de agradecer por la verdad que encierran. Luego están eso que llamo las “tendencias dominantes”, a las que se adscriben la mayoría de las entradas. Distingo, simplificando mucho, dos: una que transmite sensibilidad, belleza, compasión, angustia, crítica, o agradecimiento, desde una actitud reconocible de solidaridad humana, que considera que todos estamos hechos del mismo barro y que, en circunstancias como ésta, la fragilidad colectiva es un nexo de unión por encima de cualquier otra diferencia, sea del tipo que sea; la otra, imagino que la perciben también así, está en el polo opuesto: es la que rezuma agresividad, reproche insultante, a menudo soez y grosero, tomando como punto de partida un fanatismo sectario, que no encuentra ni pena que compartir, ni siquiera idea que confrontar, solamente odio y rencor, de quien parecería desear que aumente el tamaño de la desgracia para hacer más evidente su exabrupto, amplificando bulos maliciosos que en las redes y en algunos confidenciales se expanden con rapidez.

A más de uno le he odio quitar importancia a la distinción: es la naturaleza humana, al fin y al cabo, que, precisamente en los momentos más dramáticos, es capaz de mostrar las dos dimensiones más extremas de este animal racional, el homo sapiens que tantas veces se empeña en no serlo; por un lado, el sentimiento más elevado, por otro, la bajeza más vil. Siempre ha sido así, alegan. Pues me resisto a admitir que tenga que ser así, como si se tratara de una fatalidad irremediable. Y digo más: me preocupa observar que esa actitud fanática y agresiva a la que me refería pueda estar creciendo en intensidad cualitativa y, ojalá me equivoque, también en extensión cuantitativa; o sea, más odio y de mayor nivel según van pasando los días.

Observo, además, que nada ni nadie queda exento de la reacción virulenta, muy personalizada en cuanto al destinatario, amparada en el anonimato y en la confiada

impunidad del remitente. Puede ser un profesional que ha expresado una opinión, probablemente equivocada o poco fundada, un autor de cualquier especialidad que ha hecho un alarde de originalidad, quizá fuera de tono, un experto que ha analizado la realidad, con conclusiones optimistas o pesimistas; enseguida le sobrevuela un tropel, que no pretende contraponer ni discutir con templanza otra opinión, otro alarde, otro análisis, sino simplemente descalificar a la persona, porque ese es el objetivo último de su notoriedad, alcanzar un minuto de gloria elevando el tono insultante del colega inmediatamente anterior, a ver si el siguiente ya no puede superarle.

Ni que decir tiene que el fenómeno que he tratado de describir tiene un particular ámbito de expresión en todo lo relacionado con la política, como es bien obvio. Y no seré yo quien diga que la política, o quienes la protagonizan, no sea merecedora de crítica, y a veces de crítica dura. Siempre he pensado que la política, además de otras funciones, cumple una bien esencial para el conjunto de la sociedad: transmite pautas de conducta a la ciudadanía, y si esas pautas son poco ejemplares, o son frívolas, o irresponsables, o sectarias, primero los partidarios, y luego muchos otros más, las terminan tomando como referencia, con efectos que pueden ser muy perniciosos. Porque debe saberse que el mensaje que se proyecte desde la política penetra en la sociedad y, corregido y aumentado, termina alimentando el discurso de acción y reacción de propios y ajenos, con creciente falta de respeto.

Me esfuerzo en examinar las causas de ese fenómeno tan intenso en el espacio de la política y no puedo evitar una impresión recelosa y preocupada. Hay raíces que vienen de antes, sin duda; algunas muy notorias y bien conocidas. Pero el escenario en que se ha desenvuelto la política española a partir de la crisis económica de 2008, y muy en concreto en estos últimos años, en que crecieron por igual la radicalidad, la pluralidad y la inestabilidad, merece una reflexión sosegada, especialmente necesaria en estos momentos. Porque han ocurrido muchas cosas, y en todas las direcciones: los liderazgos políticos se han construido más para la confrontación que para la cooperación; y no me refiero a la confrontación ideológica, que sería deseable, sino a la confrontación personal, en la que no se discute precisamente la ideología o el proyecto del otro, como motivo preferente del debate político; es preferible negarle legitimidad directamente, de manera que el debate se convierte en una sucesión de reproches personales en tono creciente. Ha faltado generosidad y grandeza cuando debió haberla y a eso se ha añadido el hecho de que los adversarios tradicionales de referencia vieron con agrado, y hasta lo alentaron, que al otro le surgiera un competidor más radical que se apropiara de una parte de sus apoyos, porque el analista o el asesor de cabecera defendía que en política es más sencillo, y más eficaz a corto plazo, facilitar el fraccionamiento electoral del adversario que conseguir el crecimiento propio; electoralmente, ya saben, restar es más rentable que sumar. Y así se ha desplazado el discurso hacia los extremos, en beneficio de terceros que se han hecho desgraciadamente indispensables y también en

perjuicio de quienes tuvieron una opción evidente de templar y de evitarlo, pero prefirieron absurdamente competir y contribuir a la radicalidad hasta inmolarse.

Pongan ustedes los nombres y las fechas en cada caso, pero permítanme decir dos cosas finales: que esta evolución de la política española en absoluto justifica la deriva de odio fanático que anda circulando, pero que, a la vez, los que tienen más responsabilidad de hacerlo debieran pensar seriamente en cómo evitar que a la pandemia del virus se sume la pandemia de las dos Españas. Y creo que sólo hay una forma de hacerlo: bajando un poco la guardia de los dos competidores principales, y empezando por acercar un poco las manos para lo que se nos viene encima. Supongo que los respectivos vecinos, a un lado y al otro, se molestarán, pero la mayoría de la gente lo verá con alivio.

Jesús Quijano

Vocal Permanente de la Sección de Derecho Mercantil,
Comisión General de Codificación.
Catedrático de Derecho Mercantil, Universidad de Valladolid.
Madrid, 20/4/2020.-

Reflexiones sobre la pandemia

Las semanas de confinamiento tras la declaración del Estado de Alarma se suceden, y cada vez resulta más difícil afrontar el aislamiento y la distancia social. Somos conscientes de que actualmente es la única medida posible a nuestro alcance para mitigar la propagación de la COVID-19 junto con la higiene y la protección personal, pero las consecuencias psicológicas y emocionales ya se están haciendo visibles en los hogares y en la sociedad.

Muchísimas personas experimentan en primera persona o en su entorno cercano el sufrimiento y la enfermedad provocados por la COVID-19, y el no haber podido acompañar a sus seres queridos en el último momento de su vida. Nuestro recuerdo debe estar siempre con ellas. Muchas otras sufren la tensión de la convivencia forzada, el cambio drástico de rutinas, la incertidumbre y el miedo ante la situación actual y ante el futuro tras el confinamiento. La brecha social, los diferentes contextos socioeconómicos y las situaciones de vulnerabilidad en los confinamientos acentúan aún más su dureza.

Reflexionar sobre el presente y el futuro de nuestras vidas, nuestras familias y sociedades en confinamiento y en un contexto de tanta complejidad acrecienta la negatividad personal y social. Y aunque no resulte sencillo, nuestros planteamientos deben ir encaminados hacia la superación y la fortaleza, a repensar nuestras vidas y sociedades para hacerlas mejores.

Tenemos que aprender y enseñar a gestionar el bienestar y la felicidad, pero igualmente la infelicidad y la incertidumbre porque ambas forman parte de la vida. Como personas buscamos y necesitamos respuestas, agarrarnos a elementos que nos aporten certidumbre, incluso si no la hay. Y algo tan humano puede llevarnos a aferrarnos a una búsqueda de culpables, a odios y fanatismos que acentúen aún más la depresión social y la tensión durante y tras la crisis. Con todas nuestras fuerzas como sociedad debemos evitarlo.

Pero esta época de reflexión personal y social puede también llevarnos a revisar nuestros patrones de vida, sobre la educación y cuidados de nuestras hijas e hijos, el cariño y atención hacia nuestros mayores, el tiempo de calidad que dedicábamos a las personas que más nos importan. Reflexiones, también, sobre la sociedad que teníamos y sobre la que queremos, donde la comunidad y lo público primen sobre lo estrictamente personal, donde volvamos a conocer y preocuparnos por nuestras vecinas y vecinos, donde las personas importemos por encima de todo. Donde las vidas humanas, su dignidad, sus derechos y el acceso a servicios públicos de calidad sean lo prioritario.

La Fundación para la Investigación sobre el Derecho y la Empresa (Fide) seguirá trabajando para que una sociedad más justa sea posible, y para salir juntas y juntos de esta crisis sanitaria, social y económica.

Francisca Sauquillo

Presidenta de Movimiento por la paz.

Presidenta, Consejo de Consumidores y Usuarios de España (CCU).

Madrid, 21/4/2020.-
